

Visión espiritual de la guerra

Con este título acaba de publicar un ilustre sacerdote argentino, monseñor Gustavo J. Franceschi, un libro que contiene los artículos escritos por él sobre la posición del católico en la contienda actual, en la revista "Criterio", que dirige en Buenos Aires, y en la cual ha desarrollado durante ya largos años una admirable labor de orientación respecto de los grandes problemas que en los últimos tiempos han agitado a la humanidad.

Monseñor Franceschi invita a sus lectores a considerar la situación actual desde un punto de vista plenamente cristiano, es decir, en relación con los valores espirituales, supratemporales y supranacionales, con prescindencia de las pasiones nacionalistas y partidistas, que empañan con tanta frecuencia la visión de los escritores que, desde los diarios, orientan el pensamiento popular, ya que hoy, como decía Juan Lacroix en la semana social de Clermond-Ferrand, en 1937, no existe el pensamiento personal, y cada uno compra, con su periódico preferido, el pensamiento de cada día; para lo cual les exige que se coloquen, no por encima de la lucha, como durante la pasada guerra mundial intentó hacerlo Romain Rolland, sino fuera de las filias y de las fobias que, en nuestros días, ciegan a tantos entendiminetos, antes clarividentes; y advierte que, mientras los lectores sean por encima de todo aliadófilos o germanófilos, partidarios de Francia o de Italia, enemigos de Inglaterra o de Alemania, no podrán pasar de las apariencias superficiales, al juzgar el conflicto actual, y no llegarán a la realidad misma, ya que pretenden reducir esa realidad a los valores temporales.

El análisis que hace el autor del carácter providencial de la guerra, es exacto teológica y filosóficamente, y muy recomendable para los que predicán ante ella una estúpida resignación, cuando no una simpatía sin límites. Es evidente que nada hay en el mundo que escape al orden providencial, como lo explica admirablemente Santo Tomás de Aquino, ya que siendo Dios causa suprema, cuya acción se extiende a todos los seres, todas las cosas creadas, sin excluir al hombre, dependen de El tanto en el sér como en el obrar, y El las dirige a los fines prefijados por su sabiduría, sin disminuir por ello la libertad humana, ni excluir completamente el mal, antes bien, haciendo concurrir los actos libres del hombre, y hasta los mismos males y pecados, a la ejecución de sus propios designios. Por lo cual, el carácter providencial de todos los acontecimientos no implica el que hayamos de tener por bueno todo lo que sucede, ni que el mal y la destrucción hayan de dejarnos indiferentes, ni mucho menos que el mal moral, —que en esta guerra ha tomado una parte mucho mayor que en otra cualquiera época de la historia—, pueda atribuirse a Dios como a causa (1).

La guerra no es un bien en sí, y contra la doctrina expresa de Mussolini (2), condenada ya por Pío XI, monseñor Franceschi demuestra, con la autoridad de la sagrada Escritura y de la tradición eclesiástica, que la guerra es un mal en sí, y un mal que podría y debería ser evitado, y que, por lo tanto, no puede ser querida directa y positivamente por Dios. Si Dios la permite algunas veces, con demasiada frecuencia quizá, para nuestro modo de ver humano y para la incomprensión en que estamos de sus designios, no es que la quiera directamente y como si fuera un bien, de la mis-

1—Sobre este problema de la armonía de la Providencia divina con el libre albedrío y con la existencia del mal en el mundo, trata Santo Tomás sobre todo en la Summa contra Gentiles, libro III, cap. LXXI, LXXII, LXXVII, XCI.

2.—Dice Mussolini en su libro "El Fascismo", cap. II, 3: "Ante todo el fascismo, en lo que concierne al porvenir y al desarrollo de la humanidad, haciendo abstracción de toda consideración de política actual, no cree en la posibilidad ni en la utilidad de la paz perpetua. Rechaza el pacifismo, que oculta una huida ante la lucha y una cobardía ante el sacrificio. Solamente la guerra lleva todas las energías humanas a su máximo grado e imprime un sello de nobleza a los pueblos que tienen el valor de afrontarla...".

ma manera que quiere la paz, la justicia y la santidad, sino sólo como un medio para castigar perversidades e injusticias que claman al cielo y que, dentro de la providencia ordinaria, no tienen otro remedio que la destrucción total de instituciones perversas, y para castigo de los culpables. Doble razón por la cual la guerra no puede ser amable ni deseable: porque es un mal en sí, como compuesta de odios y de violencias, y porque presupone la existencia de males morales llevados hasta el extremo.

Se dirá tal vez que de las guerras han salido las restauraciones, que ellas purifican a la humanidad y la llevan a mejores obras; pero a esto hay que responder que ello no es el fruto o efecto propio y directo de la guerra que, por sí misma, sólo tiende a matar, a destruir y a aniquilar, y que no se obtendría sin una intervención especial de Dios, quien, según las palabras de S. Agustín, “no permitiría de ninguna manera que hubiera males en el mundo, si no fuera tan omnipotente y tan bueno que pudiera sacar bienes de los mismos males”. A lo cual hay que añadir que no es lo propio de Dios producir el bien por estos caminos, y que El, de quien dice la Iglesia que es propio tener siempre misericordia y perdonar, —*cui proprium est misereri semper et parcere*— se ve, por decirlo así, obligado a usar de estos medios violentos sólo cuando el hombre se obstina en no colaborar con El en su obra de misericordia y de perdón; y que si la fe en las promesas hechas por Cristo a su Iglesia nos hace esperar para un futuro más o menos lejano —pues nada nos obliga a creerlo próximo— una restauración de los valores espirituales, la fe misma, que nos enseña la posibilidad que tiene el hombre para rectificar sus caminos con el auxilio de Dios, prometido a los que lo solicitan, nos obliga a creer que la restauración del mundo habría sido posible absolutamente hablando sin esta catástrofe, y hace nacer en los corazones el dolor y el remordimiento porque no se hizo lo que se habría debido hacer para evitarla.

¿Es cierto que la Iglesia consagra la guerra y que todo pacifismo se opone a la doctrina cristiana? Así lo afirmaron muchos en el mundo entero con motivo de la guerra española, y quizá muchos lo aleguen hoy, basándose en malas

interpretaciones de ciertos textos de la Sagrada Escritura y de ciertas actitudes históricas de la Iglesia y en las palabras de algunos escritores católicos. El autor del libro a que nos referimos demuestra que el título de Dios de los ejércitos, *Sabaoth*, usado en la Biblia, debe interpretarse de las milicias angélicas o de los ejércitos de los astros. En cuanto a la actitud de la Iglesia en la Edad Media, hace notar muy bien cómo ella trató de mitigar las guerras en cuanto era posible para la mentalidad y las costumbres de los hombres aún semibárbaros, y que si bendijo las espadas y consagró especialmente al guerrero cristiano, fue con el objeto de enviarlo a restablecer la paz y a defender la justicia. En cuanto a los escritores católicos que son tenidos por defensores de la santidad de la guerra, José de Maistre y Luis Veuillot, monseñor Franceschi trata de disculparlos y de explicar sus palabras en buen sentido; en todo caso no podrían ser tenidos como intérpretes del sentir de la Iglesia.

Esta tesis queda confirmada de manera definitiva con la doctrina de Santo Tomás, quien considera la paz como un fruto de la caridad, y la guerra como uno de los vicios contrarios a esa virtud; y con la enseñanza del gran Pontífice Pío XI, quien repitió en diversas ocasiones las palabras del salmo: “Destruye, Señor, a las gentes que quieren la guerra”, y que había puesto como lema de su pontificado “la paz de Cristo en el reino de Cristo”, y cuyas últimas palabras fueron: “paz, paz, paz”. Muy oportunas son las palabras que cita de S. Agustín a este propósito: “Vale más matar la guerra con tratados que matar a los hombres con el hierro, y adquirir la paz mediante la paz que valiéndose de la guerra”.

Analizando las causas del conflicto actual, el autor las reduce a tres principales: primero el liberalismo filosófico, creado por Kant y aplicado a la política por Rousseau, que desterrando a Dios de las cosas humanas, divinazaba al hombre y preparaba la divinización del Estado; idea que coincide exactamente en todas sus partes con las que expusimos nosotros hace precisamente un año en un artículo publicado en esta misma Revista. Segundo, lo que Tristán de Athayde llama “el espíritu de la burguesía”, y que se reduce en el

fondo al predominio del interés material sobre todos los otros valores, fruto inmediato del economismo liberal, y que puede considerarse como la característica y distintivo del que, usando la palabra exactísima de Daudet llama “el estúpido siglo XIX”. “El espíritu, añade, exige la supremacía de la calidad sobre la cantidad, de ahí la superioridad humana de la filosofía sobre la astronomía, o de la moral sobre el álgebra, y en general de las ideas sobre los productos negociables. Ahora bien, el siglo XIX fue típicamente el de la cantidad. Lo fue desde todos los puntos de vista. Sus concepciones económicas rebajaron la dignidad humana, consideraron que el trabajo debía ser equiparado a una mercancía cualquiera y justipreciado por las mismas leyes que éstas. . . . Determinó la importancia de los países por su riqueza, como la elección de los gobernantes por la mayoría numérica. Despreció, o por lo menos colocó en segundo lugar, las ciencias que no usan de guarismos para sus investigaciones, y por esto la filosofía pura le interesó poco, y entre las ramas de la sicología destacó la experimental”. (Págs. 71-72).

Es la tercera la corrupción de costumbres, consecuencia lógica de las dos anteriores. El culto de la voluptuosidad sin freno que rebaja y debilita a los hombres, la influencia desmedida que mujeres sin honor tomaron sobre los dirigentes políticos, el placer convertido en fin único de la vida y fomentado por los descubrimientos y por la producción de un maquinismo incontrolado, justificado en fin por una filosofía materialista que halló su vulgarizador en Freud y que lo fue penetrando todo; por último, como un justo castigo de Dios, el haber caído el poder público de las naciones que más influencia debían tener en el equilibrio mundial, gracias a innobles maniobras políticas, en manos de hombres que, como Blum, simbolizaban la corrupción de las costumbres, o como Chamberlain, el apocamiento y debilidad de la burguesía, entregada a comodidades y placeres elegantes, convencida de poder llevarlo todo a cabo con tal de poseer el dinero.

Todos estos factores llevaron a la catástrofe, tomando esta palabra tal como la define el diccionario: “última parte

del poema dramático con el desenlace, especialmente cuando es doloroso”.

Pasando a examinar ya, en el campo práctico, la actitud del cristiano en la presente contienda, sienta el autor este principio: que ambas corrientes contendoras están fuera del estricto cristianismo; lo cual no quiere decir que el cristiano pueda permanecer indiferente al resultado de la lucha. “No quiero afirmar, dice, que cualquiera que sea el bando que triunfe, las consecuencias han de ser idénticas para la vida religiosa, moral, social y civil; no cabe duda de que el totalitarismo verdadero, última etapa del ciclo que se inició en el renacimiento, está aún más alejado de un concepto humano y cristiano, a pesar de los aires de disciplina que su inadmisibles padre, el liberalismo, cuyos vicios exagera. . . El totalitarismo, en el verdadero sentido de la palabra, bajo ninguna de sus formas es compatible con el cristianismo. Puede haber entre los dos una tregua, pero no una vitalización de aquél por éste, mientras sea totalitarismo verdadero. Tal es la enseñanza de la Iglesia, formulada por S. S. Pío XI, cuya voz prolonga su actual sucesor; las palabras de los Pontífices pueden ser discutidas por un incrédulo, pero pecaría gravemente contra la sumisión debida a la Iglesia docente en materia doctrinaria el católico que se negara a acatar las orientaciones dogmáticas pontificias”. (Págs. 92-93).

Queremos insistir sobre estas últimas palabras. Se oye decir con frecuencia, y a personas en quienes era de suponerse un criterio más seguro, que el totalitarismo es laudable porque acaba definitivamente con el liberalismo condenado por la Iglesia, porque va a castigar las injusticias del orden actual y a establecer un orden nuevo. Como si fuera deseable todo lo que viene a destruir un error o a castigar un mal, aunque traiga consigo errores mayores todavía, y vicios más graves. En realidad, como lo hace notar monseñor Franceschi (y como lo habíamos dicho en el artículo antes citado) el totalitarismo no es más que una última etapa en la evolución histórica del liberalismo, y continúa los vicios de aquél, como el fundamental de la exclusión de Dios, el desprecio a la persona humana y el primado de lo material,



reemplazando el capitalismo privado por el capitalismo del Estado, quizá más tiránico aún; y los exagera, sustituyendo la enseñanza laica del liberalismo por las doctrinas oficiales y obligatorias; la libertad de conciencia, más o menos precaria, pero en teoría efectiva, por la persecución abierta a todo el que no opine con el gobernante; la libertad religiosa exagerada, por la guerra oficial a Dios y la exclusión positiva de toda religión que no sea el culto de la nación o de la raza; el descuido de la moral y la libertad excesiva, por la corrupción obligatoria. ¡Como si la satisfacción de ver el fin de un error fuera aceptable y racional cuando este error es reemplazado por otros mil veces peores!

¿Qué es lo que algunos cristianos esperan del totalitarismo? Según monseñor Franceschi, mientras éste no abandone los principios fundamentales de su doctrina general, “podemos esperar de él un orden externo, una jerarquización vigorosa, un capitalismo de Estado, una disciplina espartana, hasta la supresión de algunas obscenidades, todo lo que se quiera, menos una restauración del reinado de Cristo, que es la negación misma del Estado convertido en Absoluto”. (Pág. 102).

Se ha dicho también algunas veces, y también por personas que se presumen sensatas, que el gran beneficio de la guerra actual, que compensará todos sus males innegables, será la caída del imperio inglés, fundado sobre tantas injusticias, y al mismo tiempo la caída del protestantismo. A esto último respondemos que es preferible el protestantismo inglés, que al menos deja a muchas almas la posibilidad de creer en Dios y en Jesucristo, a un estatismo ateo o panteísta, que será la religión oficial del nuevo orden. En cuanto a las injusticias cometidas en la formación del imperio británico, hay que reconocer que no hay gran imperio que no las haya cometido. El imperio español, ideal sin mancha para muchos, ¿no las tuvo también, y no fueron ellas violentamente criticadas no sólo por el P. Las Casas, a quien esos entusiastas descalifican completamente, sino por el propio Fray Francisco de Vitoria, de quién se querría hacer una especie de *Doctor Hispanicus*? Pero justo es reconocer que el régimen inglés ha ido evolucionando lentamente hacia

una mayor equidad, y que los estatutos dados a las posesiones de ultramar representan un laudable esfuerzo por el establecimiento de un régimen más humano. Hay que reconocer además que la libertad religiosa es una realidad en todo el imperio, y que la Iglesia católica tiene mucho que agradecer al régimen británico actual tanto por la libertad religiosa en la metrópoli como por la que se ha dado en las colonias a las misiones. ¿O habrá quienes esperen mejores condiciones para la propagación de la fe en un régimen nazista? Creemos además que Inglaterra ha desempeñado un papel importante para el porvenir del cristianismo en Asia, donde quedaría cerrada toda esperanza próxima de cristianización en el caso de una preponderancia rusa o japonesa, inevitables de todo punto al caer el imperio inglés, y cuya amenaza queda plenamente confirmada por el tratado germano-ruso-nipón sobre el establecimiento de un orden nuevo.

Por todas estas razones creemos con monseñor Franceschi que un católico no puede simpatizar con el nazismo; y que sólo una pasión política muy ardiente e irracional puede explicar semejante absurdo en una persona de cierta cultura religiosa, como sólo una ignorancia total del dogma cristiano y un absoluto desprecio de las enseñanzas de la Iglesia lo pueden explicar en ciertos políticos y periodistas.

Pero hay además una razón de orden sentimental para no ver con alegría, ni siquiera con indiferencia, la catástrofe en que vivimos: es el afecto que nos liga a un mundo en el cual nacimos, y en el que, por muchos que fueran sus errores, —que no excluían toda verdad ni toda grandeza—, estábamos profundamente arraigados. Monumentos religiosos y profanos, ciudades y naciones, instituciones y tendencias que hoy van derrumbándose bajo las bombas y bajo las imposiciones ideológicas, eran algo que formaba parte de nuestra mentalidad y se identificaba en cierta manera con lo que nos es más caro. La catedral de Westminster y la torre de Londres, las libertades políticas y las organizaciones católicas que, como el yocismo belga y francés, eran típicas de nuestros tiempos y representaban, con imperfecciones y todo, un máximo posible de desarrollo humano y de vida sobrenatural, sepultan entre sus ruinas gran parte de nuestros idea-



les artísticos, humanos y religiosos, no quizá absolutamente irremplazables, ya que son realizaciones contingentes y temporales de lo necesario y eterno, pero sí irremplazables para los hombres cuya mentalidad y cuya vida están modeladas sobre ellas. ¿Con qué va a reemplazar el orden nuevo todos esos valores incomparables?

No, ningún hombre que tenga sentimientos humanos, —y éstos son propios de nuestra naturaleza—, puede ver con indiferencia ni menos con satisfacción una ruina tan grande. Y si alguien dice que todo eso queda compensado por el castigo de ciertas injusticias y de una organización inhumana en su conjunto, nosotros le respondemos que hubiéramos dado cualquier cosa porque esos beneficios innegables se hubieran obtenido por otros medios, no de destrucción sino de restauración, aunque hubieran sido más lentos; y además negamos de plano que de este caos puedan salir, en plazo breve, bienes que sustituyan lo que se ha perdido y lo que está a punto de perderse.

“No nos está prohibido, dice monseñor Franceschi, amar lo temporal, aun cuando hayamos de hacerlo ordenadamente y sometiéndolo a lo espiritual... Los santos amaban a su patria, y en ello obedecían a una inclinación natural no condenable, y no se resignaban sin tremenda pesadumbre a los quebrantos que su tierra de origen pudiera sufrir. Después de la primera invasión y saqueo de Roma por los bárbaros, San Jerónimo, hombre recio si los hubo, quedó tan herido en sus sentimientos más profundos que siendo, por decirlo así, escritor profesional, pasó un año sin tomar la pluma; y basta leer la Ciudad de Dios de S. Agustín para vislumbrar hasta qué punto sufre con la ruina del Imperio. Y si esto ocurre con la derrota de un pueblo al que se ama, mucho más cuando se ve cernirse la catástrofe sobre todo el conjunto de las instituciones que formaron por muchos años el cuadro mismo de la vida general” (Pág. 7).

El último capítulo del libro, “Hacia un porvenir mejor”, deja en el lector una impresión de optimismo, pero no de un optimismo simplista e irracional, sino de un optimismo cristiano. Para el que tiene fe, no cabe duda de que Dios sacará bienes de todos estos males, y de que reinará algún día sobre:

las ruinas del mundo moderno; pero nadie está obligado a creer que este nuevo reino de Dios sobre la tierra vaya a realizarse en un próximo porvenir. Las circunstancias hacen prever largos años de ruinas y de luchas antes de la restauración; pero mil años no son más que un día delante de Dios, y la fe nos hace participar en cierta manera de la ciencia misma de Dios.

“Los tiempos venideros serán pesados y su carga se volverá casi insoportable para quienes bajo ningún pretexto acepten apartarse de la verdad sobrenatural. Pero abrigo la certidumbre absoluta de que lucirán días mejores que los tan oscuros cuyas tinieblas están asomando en el horizonte. Y en medio de la sombra repito las palabras del vigía que nos muestra el profeta bíblico, a quien se pregunta: “centinela, ¿qué ves en la noche?”, y que responde: “*venit mane, va a amanecer*” (Pág. 156).

¿Cuándo será esto? No lo sabemos y no lo veremos en este mundo... Pero es forzoso terminar, pues de otra manera no resistiríamos a la tentación de transcribir íntegramente la obra que comentamos.

Mayo 31 de 1941.

C. J. R., Pbro.

